



SE PUBLICA CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA.

AÑO XIII
Núm. 49

Dirección y Administración
CIUDADELA (Menorca).—Obispo Vila, 24

AGOSTO
1924

El Sepulcro de la Virgen

QUE la Santísima Virgen murió es cosa cierta. Inmaculada, y por tanto exenta de la muerte, María no obstante, quiso morir a fin de tener esta semejanza de más con su Hijo Jesús. Según Baronio que en este punto reasume las opiniones de los autores antiguos, nuestra Corredentora vivió aun en la tierra unos veinte y tres años y meses despues de la Ascensión de Jesucristo a los cielos y despues de Pentecostés. Murió cincuenta y siete años despues de Jesucristo, y contaba la edad de setenta y dos años.

Según la tradición generalmente recibida, la Santísima Virgen murió en Jerusalem, en casa del Apóstol y Evangelista S. Juan, la cual

vino a ser como un segundo cenáculo. (1)

He aquí el relato del dichoso tránsito de la Reina de los ángeles.

En aquellos días, dice S. Juan Damasceno, por circunstancias diversas y providenciales, todos los Apóstoles se hallaron reunidos en Jerusalem. Faltaba únicamente Santo Tomás que recorría las Indias, conquistándolas a la fe de Cristo. Todos los demás apóstoles, pues asistieron tristemente a la muerte gloriosa de la Madre de Dios.

El mismo discípulo amado Juan a quien Jesús, al expirar confió su Madre, fué quien colocó los sagrados restos mortales en el sepulcro sencillo que la naciente Iglesia, en su dolor, construyó para la Virgen.

(1) De esta casa que estaba emplazada en el monte Sión, queda hoy solamente una pared ruinosa y una gran piedra señalada con una cruz.

El y los demás apóstoles cerráronlo con una gran piedra, cual el de Jesucristo, no sin haberlo antes cubierto con sus oraciones y lágrimas. Durante los tres días que estuvo el cuerpo de María en aquel sepulcro sagrado, oyóse resonar el cielo con los himnos y alegres cantos de los ángeles. Incorruptible e inmaculado se conservó aquel cuerpo virginal. Conservó también durante los tres días, su belleza y sus gracias, igual que si durmiese un sueño el más dulce.

La Madre de Dios no debía permanecer mucho en el oscuro sepulcro. No bien apareció la aurora del tercer día, el alma de María, acompañada de los ángeles, bajó del cielo al sepulcro, y de nuevo tomó posesión de su cuerpo virginal, dejando intacta la sepultura, como Jesús dejó intacto los sellos de la suya.

Escoltada, no llevada, por los ángeles, sostenida únicamente por la virtud de Dios que en ella residía, elevóse del seno de la tierra, y voló al cielo.

En aquel momento, en aquel instante mismo de la resurrección de la Virgen, dejaron de oírse los armoniosos cantos de los espíritus celestes.

Entonces fué cuando los apóstoles, movidos interiormente por el Espíritu Santo, e instados por Santo Tomás que acababa de llegar y ardía en deseos de venerar los sagrados restos de la Madre de Dios, trasladáronse al sitio del sepulcro. Abriéronle respetuosamente; pero... en vano miraron y buscaron el cuerpo de Aquella que poseía ya la inmortalidad en las celestes regiones.

Aquel sepulcro no contenía más que flores misteriosas, lirios, rosas, y los perfumes que en el depositara la piedad de los fieles. Un grito de admiración escapóse de todos y cada uno de los apóstoles: los unos mojaban con sus lágrimas la piedra venerada donde descansó María. A otros les pareció como percibir aun los últimos rayos de la dulce luz que rodeaba a la Madre de Dios subiendo a los cielos.

Según una leyenda puesta en pintura por el arte cristiano, el apóstol Tomás, siempre incrédulo, se negaba a creer en la resurrección de María (aun teniendo a la vista aquel sepulcro vacío) cuando levantando la vista a los aires, vió a la Virgen, rodeada de ángeles, que subía al cielo. Y en aquel preciso momento el cinturón de la Virgen cayó sobre él, comunicándole el don de la fé, más precioso que el de obrar milagros.

Enseguida se extendió por toda la ciudad de Jerusalem la noticia de aquel prodigio. Lágrimas de emoción mezcláronse a los himnos de lagratitud: y los apóstoles, antes de dispersarse, juraron junto al sepulcro de María, anunciar su nombre y gloria por toda la tierra, a la vez que la gloria y el nombre de Jesucristo.

El sepulcro de la Virgen está en el fondo del valle de Josafat, muy cerca de la Gruta de Getsemani; se baja a él por una escalera de unos cincuenta peldaños, anchos para diez personas de frente. Hacia la mitad de la escalera están las sepulturas de Joaquín y Ana; unas gradas más abajo, la de San José esposo de María. Esta escale-

ra está situada en el brazo derecho de una basílica construida después en aquel mismo sitio, y generalmente atribuida a Santa Helena. En el fondo de la escalera como hemos dicho está el sepulcro de la Virgen, cubierto y resguardado, hoy por un templete aislado. Lámparas de plata y bolas de cristal forman su decoración.

El peregrino católico visita con estrechez del corazón aquel templo

oscuro, hondo y solitario como las catacumbas: porque, no obstante concederse a todos los cismáticos por igual el poder celebrar allí sus oficios, se niega a los católicos, únicos propietarios de aquel santuario, el consuelo de hacer allí sus ceremonias, y de tributar al sepulcro profanado de María la gloria de que le rodeó la madre de Constantino, la gran emperatriz Helena.

EL AMADO

I

¡Callad, no hagáis ruido,
contened el aliento,
que un aroma ha cruzado por el viento
y un espasmo la tierra ha sacudido!
Con profundo estupor se han conmovi-
do los senos de la gran Naturaleza; [do
un albor de belleza
los aires ha surcado;
las arpas de los vientos han vibrado.
las músicas del mar han respondido.
¡Callad, no hagáis ruido!...
¡Es que pasa el Amado!

II

No borreís del arena sus pisadas,
que sus plantas sagradas
hacen al cielo florecer estrellas,
y las gentes que besen en sus huellas
sanas serán y bienaventuradas.
Sólo va par del rayo matutino,
que resbala callado por las frondas
donde el ave saluda al sol vecino;
anda del mar sobre las crespas ondas,
y el mar le abre camino;
todo se allana sobre su pie divino,
bríndale el viento sus ingentes alas,
y los rayos del sol tejen escalas
para que suba a su Mansión eterna.



¡Callad, callad; el viento se prosterna
y el sol su faz de llamas ha velado!...
Es que pasa el Amado!

III

Muda la tierra está, solemne y mu-
[da;
todo en quietud y en estupor que ate-
[ra;
sin sus tocas de nieve el alta sierra,
secos en sus vertientes los raudales,
las fuentes sin cristales,
la roca de sus líquenes desnuda,
el aire sin fragancia y sin ruidos,
sin su verdor el prado,
sin pájaros, sin brisas y sin flores,
callada la Creación y como viuda.
¿Adónde está el Amado?
¿Adónde está el Esposo, adónde,
[adónde,
que por todas las sendas le he buscado
y con todas las voces le he llamado,
y sólo el eco de mi voz responde?

IV

Claror de amanecer bñña Oriente,
frescor de rosa la Creación espira,
canta el aire en redor como una lira,
y enjuvenece todo lo creado.
¡Callad, callad, callad! ¡Vuelve el
[Amado,
y al par de la del sol arde su frente!

Su túnica esplendente
como la nieve con el sol deslumbra;
su verbo augusto alumbra,
como llame amor, de gente en gente.

Pero hoy sus claros ojos son espame hieren sus destellos, [das;
me ofusca el ascua viva de su rostro.
Decidle que de amor suspiro y ardo,
que hoy el fulgor de su mirar no arros-
[tro,



Una carta edificante

DE una carta que ha recibido un amigo nuestro de un pundonoroso y buen católico Oficial que se halla en Marruecos, luchando en defensa de España, son las siguientes líneas:

«Nuestro Señor y la Virgen de Monte-Toro nos han favorecido con su protección y a ella atribuyo haber salido ileso de la lucha que hay que sostener a diario contra el clima (paludismo, disenteria, etc.) y especialmente de la que el 4 de julio sostuvimos con la morisma, pues estando en uno de los sitios donde la pelea era más recia y llovían las balas, no tuvimos que lamentar ni una baja en nuestra Compañía de ametralladoras, haciendo nosotros, en cambio, doce muertos y treinta heridos a los moros emboscados en el barranco que batimos. Si regresamos, con felicidad, a esa Isla, la tierra de nuestros amores, con la vènia del

que son candentes hierros sus miradas.
¡Decidle que ha mil vidas que le [aguardo!

¡Dadme unguento suavísimo de nardo, que lo quiero volcar en sus pies bellos y enjugarlos después con mis cabellos!
¡Dadme unguento de nardo!

BLANCA DE LOS RÍOS.



bondadoso Prelado de la misma, organizaremos una Peregrinación extraordinaria a Monte Toro, con los soldados y clases (desde luego los Oficiales) menorquines y sus familias, para dar gracias a Nuestra Soberana por su amparo.»

Hacemos fervientes votos para que se cumpla en su día el edificante propósito de nuestras tropas menorquinas, a fin de que puedan ofrendar a la excelsa Patrona de Menorca los laureles, que hayan recogido con sus brillantes hechos de armas, en los campos Africanos. (1)

UN MENORQUÍN.

(1) Se nos suplica la inserción del precedente escrito. Lo hacemos con suma complacencia, por lo que se refiere al párrafo transcrito de la carta recibida, que honra los sentimientos del prestigioso militar que la firma, hijo de Mahón, literato e historiador de primera fuerza. Monte-Toro pide a la Santísima Virgen, Patrona de Menorca, guarde de todo mal a nuestros hermanos que luchan en Marruecos.

(Nota de la Dirección)



Por los campos de la historia

¿La frase documentaria: Essent dos horas de nit, se puede traducir por: Son las dos de la noche?

(Continuación)

La afirmación, pues, de que los sucesos referidos ocurriesen a las dos de la madrugada sería imprimir al relato de los mismos un carácter reñido con la lógica, y deprimir, injustamente, a las autoridades que intervinieron en ellos, y hasta al pueblo entero. Es de presumir que el señor Oleo no hubiera dado el ejemplo de traducir por las *dos de la noche* la frase *dos ores de nit*, si se hubiese fijado, antes de hacerlo, en la trastienda que tiene la mala interpretación de esta frase. Al referir el señor Quadrado, en *Islas Baleares*, pág. 1224, que «la muchedumbre consternada hubo de retroceder», apenas emprendida la marcha, añade seguidamente, con el buen criterio que le caracteriza, que «Amaneció a las pocas horas de oscuridad el lúgubrememorable 9 de Julio.»

Valor histórico de la frase documentaria a dos horas de nit en un orden al juicio que merece la actuación de las autoridades de Mahón e Isla, cuando la llegada de Barbarroja en 1585.

Es de lamentar que en las reconstrucciones del infausto suceso que acabamos de indicar, no se hayan utilizado más que parcialmente, y

sún esto con algunas confusiones de bastante entidad (1), los interesantes documentos concernientes a este mismo suceso, que D. Estanislao K, Aguiló dió a luz en 1898 (2).

Quien estudie estos documentos, claramente verá que las autoridades de Mahón no cometieron la inexplicable e insigne torpeza que indirectamente se les atribuye, de haber dejado de recurrir a las autoridades generales de la isla al cerciorarse de los intentos de sitio y expugnación con que se presentaba la aguerrida armada turca; ni, por su parte, dichas autoridades generales se limitaron como todavía se afirma, a enviar un socorro de 300 hombres, dejando la pequeña villa casi abandonada a sus pobres fuerzas, en desquite de no haberles tenido las autoridades locales la atención de enviarles aviso y exponerles el peligro inminente de la plaza en el notable lapso de tiempo que medió para ello, entre el principio del desembarco y el del cerco. Realmente estaban en pugna con la lógica tales suposiciones contra unas y otras autoridades, y por tratarse de una época en que tan expabilados andaban los habitantes de Menorca en los lances de piratas; y en efecto, los documentos, bastante explícitos, sobre este punto, han venido a dar a la lógica la razón

RAFAEL BOSCH, Pbro.

(1) Aludimos, especialmente, al señor Quadrado, *Islas Baleares*.

(2) *Revista de Menorca*, tercera época, 1898, pág. 137-156.

(Continuara.)



ADELA

(NARRACIÓN VERÍDICA)

I

ADELA se dedicaba a bordar para una casa de confección, una de las más importantes de España.

El jefe de la casa ocupaba una excelente posición en el comercio.

Más de veinte de las señoritas que a vestirse acudían en su tienda, hubieran consentido muy gustosas en tenerle por marido, y aun mayor número de madres hubieran querido tenerle por yerno.

Pero D. Martín había hecho caso omiso de todas sus parroquianas, para fijarse precisamente en su oficiala Adela.

Verdad es que Adela era muy bonita, y sobre todo muy buena.

Y ved ahí que por lo mismo que era tan buena, nunca quiso dar oídos a las insinuaciones de su principal.

¿Sabéis por qué? Por la razón que para muchos es insignificante, pero que para toda persona sensata es de gran peso, de que D. Martín no tenía de cristiano otra cosa que el haber sido bautizado.

Esto sin contar con que tenía su historia, que aún en aquellas fechas no había llegado a su último capítulo; y que aquella historia no era la de una persona de buenos sentimientos ni mucho menos.

Pues por eso no quiso Adela acceder a los deseos que de hacerla su esposa le expresó repetidas veces el comerciante.

En vano fué que D. Martín acudiera a solicitar de los padres de la niña el consentimiento que ésta le negaba.

En vano fué también que la amenazara con que perdería su trabajo y la privaría de encontrarlo en otra parte.

Adela tenía una amiga con quien consultaba sus cosas todas.

Esta amiga no le hablaba al oído; hablábale al corazón.

De ella tomaba siempre consejo, y jamás había errado siguiendo lo que a su presencia se proponía.

Y esta amiga que era María, le había inspirado una extraña repulsión respecto a aquel hombre.

De ahí que por ningún medio se llegara a obtener que cambiase de propósito, ni las instancias de sus padres que comían de su trabajo, ni las indicaciones del comerciante que la amenazaba con quitarle aquel trabajo de que vivía.

II

Cansado de pretender en balde, y picado del desaire que le daba su dependienta, acabó don Martín por cumplir su promesa.

Un sábado, Adela volvió de la tienda a su casa cabizbaja, apesadurada, llorosa.

El principal le había dicho al pagarle sus honorios:

—Aquí tiene V. este dinero, es el último que en esta casa cobrará V.; si algún día se decide V. por lo que le tengo pedido, vuelva V., y la oficiala será el ama de la casa. Únicamente con esta condición puede V. volver a poner aquí los pies.

Saber sus padres esto y montar en cólera, cosa fué de menos tiempo que el que en relatarlo empleamos.

La pobre joven no tuvo más remedio que aguantar la tormenta y salir inmediatamente en busca de trabajo en otra tienda.

Pero hora y media después regresaba a su casa más cabizbaja, más apenada, más llorosa todavía.

Había recorrido la mayor parte de las tiendas de confección, y por doquiera se la había recibido o con un aire severo o con una maliciosa risita.

En la última casa donde había penetrado, había salido a recibirla un joven muy peripuesto, que con aire de protección le había espetado el siguiente discurso.

—¡Cómo! ¡Don Martín la ha despedido! ¡Pobre muchacha! ¡Tan bonita y tan desgraciada! Verdaderamente ese caballero no tiene corazón. Hace la desgracia de una joven honrada, la arrastra, y luego...

Adela se sintió como herida de un rayo al oír aquellas palabras.

Comprendió toda la inmensidad de su infortunio, y lo terrible e infame de la venganza que había tomado D. Martín.

Huyó de aquella tienda y corrió a su casa.

Y después de aguantar todas las recriminaciones que de nuevo le dirigieron sus padres por haberles sumido voluntariamente en la miseria, fué a encerrarse en su cuarto.

Allí, sola, dejóse caer de hinojos en medio de su habitación, y cruzando las manos y alzando al cielo los ojos, exclamó con dolorido acento:

—¡Madre santa de Dios! ¡Vos que sois el *auxilio de los cristianos*, venid a ayudarme en esta tribulación!

III

Pocos eran los adelantos que con su trabajo había logrado hacer

la joven bordadora mientras había tenido faena.

Con ellos, empero, hubo para sostenerse por algunas semanas

Mientras hubo de qué comer, mantúvose la esperanza en la familia de que en otra tienda se obtendría trabajo.

Pero cuando se cambió la última pieza de cuatro reales, cuando de estos cuatro reales ya no quedaron más que seis cuartos se hubo comprado la última libra de pan, entonces ya no hubo esperanza.

Digo mal; Adela esperaba... porque creía.

Sus padres eran quienes no esperaban ni creían, y le echaban en cara su conducta, y se burlaban de lo que ellos llamaban sus hipócritos escrúpulos.

Un día, precisamente el primer día en que no hubo de qué comer, D. Martín se presentó en la morada de la joven.

Semejante al espíritu del mal, iba a tentar la virtud de la piadosa bordadora, precisamente en el instante más crítico.

Los padres le recibieron con los brazos abiertos; el industrial venía a ofrecer dinero y trabajo en abundancia... pero en cambio del sí que tanto ansiaba.

Con él había venido otro caballero que se había quedado en el rellano de la escalera.

Era también joven como él, pero parecía menos despejado.

Don Martín expuso llanamente su objeto.

Conocía exactamente la posición en que la familia se hallaba, y contaba con este auxiliar para su triunfo. La hermosura de Adela le tenía loco.

Pero la noble joven, después de haberse concentrado unos momentos, miró fijamente al comerciante, y le preguntó:

—¿Cree V. en Dios y en la Virgen Santísima?

—¿Y a mí qué me importan ni Dios ni su Madre? contestó don Martín soltando una ruidosa carcajada. En lo que yo creo es en el oro que llena mi caja y en los gozotes que me proporcionará el poseer un tesoro como éste.

Y se acercó a la bordadora, animado por la benévola actitud de los padres de ésta, tratando de cogerla de la mano.

Mas ella retrocedió indignada, y dijo con breve acento:

—¡Márchese V.!

I V

El joven caballero que había permanecido durante la precedente escena de pie en el rellano de la escalera, penetró entonces en la habitación, con el sombrero en la mano.

—Perdonen, dijo, si me atrevo a mezclarme en cosa donde no se me pide.

Y añadió dirigiéndose a Adela:

—Señorita, V. ha rechazado a mi compañero porque no cree en Dios ni en la Virgen; ¿podré esperar que a mí, que en ambos creo, y que a ambos quiero de todo corazón, me quiera V. escuchar?

La joven deparó su severo ademán, y dirigió a su nuevo interlocutor una vacilante e interrogativa mirada.

Don Martín se hizo a un lado, y se sonrió maliciosamente.

El caballero continuó:

—Yo no puedo ofrecerle a V. trabajo; pero tengo cierta posición, y le suplico que por amor a sus padres acepte V. una parte de esta posición mía. La que como V. prefiere sufrir del hambre, y ver reducidos a la miseria a los seres que le son más caros, antes que transigir con lo que rechaza una conciencia que teme a Dios, es digna, no de lo poco que yo puedo ofrecerle, sino de ceñir la más rica de las diademas.

Cuando el joven acabó de hablar observóse con sorpresa que el comerciante había desaparecido.

... ..
 Dos meses después Adela y su joven protector recibían de un sacerdote, y ante una preciosa imagen de la Virgen, la bendición que debía mantenerles para siempre unidos sobre la tierra.

Y desde entonces, cada noche, cuando antes de ir a acostarse rezaban los dos esposos en unión de sus padres el santo Rosario, al llegar a aquel versículo de la Letanía en que se da a María el bello dictado de *Auxilio de los cristianos*, fija Adela en su marido y en los ancianos autores de sus días una indefinible mirada.

Y como si no supiera dominar el recuerdo que en aquel instante la subyuga, repite por tres veces consecutivas y con creciente animación:

—¡*Auxilio de los cristianos, rogad por nosotros!*

